

Guy de Maupassant

**TODO LO QUE QUERÍA DECIR
SOBRE GUSTAVE FLAUBERT**

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE MANUEL ARRANZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

MERDE

¿Hay ideas tontas e ideas grandes?

¿No dependerá acaso de cómo se llevan a la práctica?

FLAUBERT A LOUISE COLET

(14 de julio de 1847)

El 3 de agosto de 1878 Guy de Maupassant escribía a Gustave Flaubert: «Sólo comprendo una palabra de la lengua francesa, una palabra que expresa con energía el cambio, la eterna transformación de las mejores cosas y la desilusión; esta palabra es: mierda». ¿Un arrebató momentáneo? ¿Uno de esos accesos de cólera a los que tan proclives eran los escritores decimonónicos? ¿Un desahogo? ¿Una *boutade*? Todo es posible. Porque si estudiamos con detenimiento la carta, a primera vista no encontramos demasiadas razones para ese extemporáneo *merde*. Maupassant escribe a Flaubert para pedirle que utilice su influencia con Zola a fin de conseguir un papel en una de sus obras para una amiga común, y termina la carta, después de quejarse de la monotonía del culo de las mujeres, precisamente él, que no pensaba en otra cosa, pidién-

dole noticias de *Bouvard y Pécuchet*. También encuentra monótonos los acontecimientos, mezquinos los vicios y pobres las frases, y seguramente aquí reside una de las causas del *merde*. Pero si nos fijamos en el membrete de la carta, descubrimos otra razón más: *Ministerio de Marina y de las Colonias*. Maupassant estuvo empleado en el sudicho ministerio y nunca dejó de quejarse de aquel empleo al que dedicaba las mejores horas de sus días. Pero no subestimemos a Maupassant, al que, como a todo el mundo, podía traicionar el subconsciente, que aunque fue un invento del siglo XX hay que suponer que ha existido siempre, y releamos una vez más la frase: «una palabra que expresa con energía el cambio, la eterna transformación de las mejores cosas y la desilusión». ¿Acaso no es esto mismo lo que expresan las novelas de Flaubert? ¿Y no era también eso lo que quería expresar el propio Maupassant en sus cuentos?

Maupassant era sobrino de Alfred Le Poitvin, el gran amigo de juventud de Flaubert, muerto en 1848, y a quien a juzgar por los testimonios del propio Flaubert se parecía mucho físicamente. Pronto se encargará de dirigir sus primeros

pasos en la literatura, y sabemos por su correspondencia que el discípulo, que sometía siempre sus obras al juicio del maestro, obedecía sin titubear todas sus indicaciones. Maupassant siempre confió en el exigente juicio crítico de Flaubert, a quien consideraba en este terreno prácticamente infalible. Su correspondencia se extenderá desde junio de 1873 (fecha de la primera carta de Flaubert) hasta la muerte de este en 1880. Y aunque se tiene noticia de que fueron 286 las cartas que escribió Flaubert a Maupassant, sólo se han conservado 91 (de Maupassant a Flaubert conocemos 51 cartas).¹ El tema de esas cartas, como el de sus conversaciones, solía girar en torno a los problemas de la creación literaria, tema que obsesionó a Maupassant casi tanto como a su «querido maestro», y que sería junto con Maxime Du Camp, Louis Bouilhet, George Sand, Iván Turguéniev y Louise Colet uno de sus más asiduos confidentes. Confidentes literarios, por supuesto, pues a Flaubert pocas cosas le interesaron aparte de la

¹ Para los detalles de la correspondencia de Flaubert véase: Yvan Leclerc. *Les éditions de la correspondance de Flaubert*. En: <http://Flaubert.univ.rouen.fr/correspondance/>

Para la de Maupassant: <http://maupassant.free.fr/corresp/>

literatura. «Gustave Flaubert amó las letras de una manera tan absoluta que, en su alma rebosante de este amor, no cabía ninguna otra ambición», escribe Maupassant, después de confesar lo que él consideraba la ambición secreta de la mayoría de los escritores: «¡Gustar a las mujeres! Este es el deseo ardiente de casi todo el mundo». Y aquí tampoco cabe ninguna duda de que Maupassant hablaba de sí mismo. Sin embargo, cuando un hombre escribe durante años una carta diaria, en ocasiones dos, a una mujer, generalmente a altas horas de la noche, y generalmente también de considerable extensión, no creo que pueda decirse que su única pasión haya sido la literatura, por mucho que también hable de literatura en esas cartas. «En cuanto al amor —le escribe a Louise Colet el 26 de junio de 1852—, ha sido el gran tema de reflexión de toda mi vida. Lo que no le he dado al arte puro, al oficio en sí, se lo he dedicado a él; y el corazón que estudiaba era el mío.» No hacía falta que Flaubert nos dijera que él era su San Antonio y las tentaciones de este las suyas propias.

A principios de 1884, cuatro años, por tanto, después de la muerte de Flaubert, se publican

las cartas de Gustave Flaubert a George Sand con un prefacio de Maupassant que pronto se haría célebre y que no es otro que el primero de los textos de esta edición. Maupassant ya había escrito antes sobre Flaubert. En 1876, cuando todavía vivía «el maestro», publica un extenso artículo en *La République des Lettres* titulado escuetamente: «Gustave Flaubert». En este primer texto escribe: «Gustave Flaubert no ha producido todavía más que cuatro libros y los cuatro permanecerán. Puede que sólo uno de ellos sea calificado de obra maestra, aunque los otros no lo habrán merecido menos». En septiembre de 1880, pocos meses después de haber muerto Flaubert, aparece en *Le Gaulois* «Gustave Flaubert d'après ses lettres». Y en enero del año siguiente otro texto más, este en *La Nouvelle Revue*, titulado «Gustave Flaubert dans sa vie intime», en el que defiende la tesis, compartida por el propio Flaubert, de que la vida íntima de un escritor es algo que no concierne al público. «El artista debe arreglárselas para hacer creer a la posteridad que nunca vivió», había escrito a Louise Colet en una carta de 27 de marzo de 1852. Y a George Sand: «(...) experimento una repulsión invencible en poner algo de

mi corazón en el papel. Me parece, incluso, que un novelista no tiene derecho a expresar su opinión sobre nada» (5-6 de diciembre de 1866). Aquel mismo año (1881), en *Le Gaulois* del 6 de abril, Maupassant publica un texto más, este sobre la novela póstuma de Flaubert recién aparecida: *Bouvard et Pécuchet*, compendio de la estupidez humana que no ha perdido un ápice de actualidad. Finalmente, en *L'Écho de Paris* del 24 de noviembre de 1890, *Gustave Flaubert* (segundo texto reproducido en esta edición), y en la misma fecha, en el suplemento de *Gil Blas* «Flaubert et sa maison», una emotiva semblanza del autor y su casa de Croisset, en la que pasó la mayor parte de su vida.

Todos estos textos repiten ideas y juicios sobre el autor y su obra, repiten expresiones y anécdotas, citas y recuerdos, a veces casi literalmente, y tienen, además del mérito de ser de los primeros en dar cuenta de la novedad y trascendencia del método y la concepción de la novela de Flaubert, tan contrario a todo lo que estaba en boga por entonces, el de no someter su obra a ninguna teoría literaria preconcebida, ni pretender comprenderla y explicarla mejor que su propio

autor, cosa esta que se haría luego hasta la saciedad. Flaubert siempre detestó la crítica y a los críticos. No le gustaban los del pasado, no le gustaban sus contemporáneos, y se temía lo peor de los del futuro. «¿Conoce usted alguna crítica que se interese por la obra en sí, de una forma intensa?», le preguntaba a George Sand (carta de 2 de febrero de 1869). Y añadía que para ejercer la crítica hacía falta «una gran imaginación y una gran bondad, quiero decir una facultad de entusiasmo siempre dispuesta y, además, gusto, cualidad rara, incluso en los mejores» (ibídem). Pensaba además que los críticos no suelen leer las obras que critican. Aunque no era este el caso de «su discípulo», ni que decir tiene, y las palabras de Flaubert sobre las cualidades que debe tener el crítico parecen haber sido escritas pensando en él. Naturalmente, lo que Maupassant resalta en Flaubert son los logros que él mismo busca con su obra, del mismo modo que Proust reconocería que lo que más admiraba de Flaubert, al que por cierto no admiraba demasiado, era que sabía producir la impresión del tiempo, es decir, lo mismo que él intentó y consiguió como nadie con su *Recherche*. A Maupassant, en cambio, le

obsesionaba la «atmósfera» del relato, y esa es la cualidad que más destaca en su maestro.

El 1 de enero de 1920 Proust publica un largo artículo en la *Nouvelle Revue Française* titulado «A propos du 'style' de Flaubert», donde encontramos esta esclarecedora frase: «Un hombre que por el uso completamente nuevo y personal que hizo del pretérito indefinido, del participio presente, de determinados pronombres y ciertas preposiciones, ha renovado nuestra visión de las cosas casi tanto como Kant». Y eso que Proust no encuentra perfecto, ni muchísimo menos, el estilo de Flaubert. Es más, para él, el gran estilo sólo puede residir en la metáfora, y no reconoce ninguna metáfora de altura en Flaubert. Pero el estilo no sólo reside en la metáfora, el estilo reside también en la gramática y en la sintaxis, reside en la forma y la sonoridad de las palabras, reside en los adjetivos, reside en los epítetos, en el ritmo de la frase, obsesiones todas ellas de Flaubert, hasta el punto de que en su correspondencia, en la que se abandona fácilmente a sus emociones, cosa que no se permitía nunca en sus libros, es un Flaubert distinto el que leemos. También Maupassant escribió cientos de cartas, cien-

tos de cuentos y cientos de crónicas. Pero al contrario que Flaubert, que volvía una y otra vez sobre la misma frase, tachaba, corregía, abandonaba y volvía otra vez a la carga, Maupassant no podía permitirse dedicar mucho tiempo a la misma obra. A fin de cuentas uno vivía para la literatura y el otro de la literatura. Lo que en el fondo tal vez no sea tan diferente. Y ambos aborrecían la sociedad de su tiempo. Una característica ésta casi consustancial al escritor de aquella época, y yo diría de todas las épocas en las que la literatura ha gozado de buena salud. Si hacemos caso a sus declaraciones, Flaubert eligió la literatura para no aburrirse, para soportar la vida, para tener algo que hacer y pensar lo menos posible: «La única manera de vivir con serenidad y al aire libre es instalarse sobre una pirámide cualquiera, no importa cuál con tal de que sea elevada y de base sólida. ¡Ah!, no siempre es divertido y se está muy solo; pero uno se consuela escupiendo desde arriba» (carta a Louise Colet de 30 de mayo de 1852). Y más adelante: «La vida es algo tan odioso que sólo se puede soportar evitándola. Y se la evita viviendo en el Arte, en la búsqueda incesante de la Verdad expresada por medio de la Belleza»

(carta a Mademoiselle Leroyer de Chantepie de 18 de mayo de 1857). Y otra vez a Louise Colet: «Detesto mucho a mis semejantes y no me siento igual a ellos (...) pero que el diablo me lleve si no siento idéntica simpatía hacia los piojos que pican a un mendigo que hacia el mendigo mismo» (26-27 de mayo de 1953). Finalmente, a Turguéniev: «Nunca los ideales del espíritu han contado menos. Nunca el odio hacia todo lo grande, el desprecio hacia la Belleza, la execración de la literatura, en fin, ha sido tan manifiesto. (...) 1870 ha vuelto loca, imbécil o violenta a mucha gente. Yo me encuentro en esta última categoría. Esta es la verdad» (13 de noviembre de 1872).

Se suele decir que la importancia de Flaubert radica en que inaugura una estética nueva en la novela. Naturalmente, a toda estética le precede una ética que, en cierto modo, la sustenta, y contra la que se rebela. Si esa estética nueva llegara a imponerse, generaría a su vez una nueva ética, y así sucesivamente. No otro es el carácter innovador y en ocasiones transgresor del arte, que constituye además su esencia más íntima. En el famoso prefacio a *Dernières chansons*, de Louis Bouilhet, Flaubert escribió: «Él pensaba que el Arte es una

cosa seria, y que tiene por objeto provocar una exaltación imprecisa, y que, incluso, ahí reside toda su moralidad». Lo que casi quiere decir que es inmoral toda obra que no provoque ninguna exaltación, o, como diría un siglo más tarde Kundera citando a Hermann Broch, «La novela que no descubre ninguna parcela hasta entonces desconocida de la existencia, es inmoral».

Maupassant nos previene en el segundo texto de que no va a contar ninguna indiscreción de o sobre «su maestro». «A los hombres como él hay que leerlos y no cotillear sobre su vida.» Cuando Caroline Commanville, en una carta de 10 de noviembre de 1883, le anunció su decisión de publicar las cartas de su tío, Maupassant contestó con un tajante: «Creo que no hay que publicar jamás las cosas que no han sido hechas para su publicación». Años atrás, en el citado texto de *La République des Lettres* de 22 de octubre de 1876, había escrito: «Para contentar a las personas que siempre quieren saber detalles particulares, les diré que bebe, come y fuma del mismo modo que ellos; que es alto, y que, cuando se pasea con su gran amigo Iván Turguéniev, parecen un par de gigantes». Y es muy posible que Flaubert bebie-

ra, comiera y fumara como la mayoría de los hombres, seguramente incluso mucho más que la mayoría de los hombres. Pero lo que también es seguro es que algunas otras cosas las hizo como nadie en el mundo. De esas cosas trata este libro.

MANUEL ARRANZ